

JOE
HALDEMAN

El engaño ~
Hemingway

Premio Nebula 1990

Premio Hugo 1991

En 1922 el joven Hemingway, todavía una promesa en el mundo de las letras, sufre la pérdida de una maleta que contiene la única copia de su primera novela y de algunos de sus primeros relatos. Casi ochenta años más tarde, un desaprensivo intenta que un profesor de literatura especializado en Hemingway falsifique esa primera novela y prepare lo que, en definitiva, va a ser el «engaño» Hemingway. Pese a que al inicio opone resistencia, el profesor se ve empujado por otros motivos a involucrarse en el fraude. Pero ese «engaño» resulta ser un atentado grave a la historia de la literatura y, sorprendentemente, supone un involuntario y peligroso paseo de los protagonistas por una serie de universos paralelos.

Concebida como triple homenaje: a Hemingway, a la literatura y a sus estudiosos; El engaño Hemingway es una inteligentísima obra de ciencia ficción, un superconcentrado tour de forcé que muestra de forma clara y evidente la madurez literaria que ha alcanzado Joe Haldeman.

PRESENTACIÓN

Ésta es una de esas presentaciones que considero difíciles. Porque siempre es difícil mantener la ecuanimidad y el justo criterio cuando uno tiene que dar la bienvenida a nuestra colección a uno de los más entrañables e interesantes escritores de ciencia ficción de todos los tiempos.

Nuestra colección, NOVA ciencia ficción, se inició en 1987 y ello la ha obligado a centrarse necesariamente en la nueva hornada de escritores del género. La obra de los Asimov, Clarke, Le Guin, Dick y otros autores acreditados ya se publicaba en otras editoriales. Aunque hemos conseguido incluir entre nuestros nombres escogidos a clásicos como Clement, Heinlein, Herbert, Miller, Smith o la nueva obra de valiosos veteranos como Anderson, Brunner o Pohl, la mayoría de nuestros autores y títulos son nuevos valores de finales de los ochenta, cuya obra se ha publicado en España por primera vez en nuestra colección: desde Card a Simmons, pasando por Bujold, Kress, Tepper, McDevitt o Sheffield.

Junto a la recuperación de autores característicos de los años ochenta, como Benford, Bear, Brin o Cherryh, hasta hace poco publicados por otras editoriales, en los últimos tiempos hemos tenido la posibilidad de incorporar también a NOVA ciencia ficción a autores que empezaron a descollar en la ciencia ficción en la década de los setenta: hace poco lanzábamos la nueva novela de John Varley (PLAYA DE ACERO, NOVA ciencia ficción, número 67), y hoy nos sentimos suma-

mente orgullosos de incorporar a nuestra colección a un autor irrepetible e imprescindible: Joe Haldeman.

Y como sea que había obra de Joe Haldeman de gran interés y todavía inédita en España, vamos a presentar, casi simultáneamente, dos de sus obras más recientes: EL ENGAÑO HEMINGWAY y COMPRADORES DE TIEMPO y, lo que es más importante, anunciamos la inmediata publicación de LA PAZ INTERMINABLE, la nueva novela de Haldeman que posiblemente verá la luz en el año 1996, tanto en Estados Unidos como en España.

Joe Haldeman, acompañado de su inseparable y entrañable esposa Gay, ha visitado repetidas veces España en estos últimos años. Fue ampliamente divulgada en el fandom español la visita de julio de 1992, precisamente para asistir a un Congreso que se celebra en Pamplona sobre la figura de Ernest Hemingway, de la que Joe Haldeman es un experto estudioso. Los buenos de los Haldeman «cayeron» en los amables brazos de los componentes del Grupo Interface, Ricard de la Casa, Pedro Jorge y Joan Manuel Ortiz, y desde entonces Gay Haldeman actúa como corresponsal norteamericana de ese milagro llamado BEM, el LOCUS de habla hispana. Gracias a BEM, la confraternización de los Haldeman con el fandom español fue total, y la simpatía de Gay y la humanidad de Joe supieron ganarse el afecto de todos los aficionados que tuvimos la suerte de conocerlos y tratarlos.

Los Haldeman volvieron a España en verano de 1994, en compañía de Charles N. Brown, el editor del LOCUS norteamericano, con objeto de conocer la realidad de la ciencia ficción en España. Estuvieron en Madrid, en una mini-conferencia en Alboraya (Valencia) y en Barcelona.

Y ahora Joe Haldeman (con su inseparable esposa Gay) ha prometido regresar a Barcelona, invitado por la UPC, para diseñar la conferencia de rigor en el acto de la entrega del quinto Premio UPC de ciencia ficción.

El acto está previsto para la mañana del miércoles 13 de diciembre en el Campus Norte de la Universidad Politécnica de Cataluña en Barcelona, y Joe Haldeman ha prometido disertar sobre «Science Fiction, Tool for Learning». Con toda seguridad se aprovechará la visita para organizar otros actos, encuentros, cenas o debates, y por ello les remito a la fuente segura de mayores detalles: los próximos números de la revista BEM (recuerden: P. O. Box 2061, Andorra o, mejor: Fax 07-3768-61374).

Cuando Joe visitó Barcelona en 1994, me enteré de que estaba trabajando en su nueva novela. Según tengo entendido, el título podía haber sido «The Everything Machine» y el tema abordado, entre otros, la nanotecnología. Al parecer, el editor norteamericano sugirió cambiar el título por el de Forever Peace (LA PAZ INTERMINABLE) que, evidentemente, recuerda el primer gran éxito de Joe Haldeman, LA GUERRA INTERMINABLE, con el que obtuvo los premios Hugo, Nébula y Locus en 1975. Estoy convencido de que Haldeman se superará a sí mismo en esta nueva novela y a ella les remito en un futuro cercano. Los veinte años transcurridos desde LA GUERRA INTERMINABLE no han pasado en balde. Haldeman ha madurado y mejorado, si cabe, como escritor. Así se demuestra en EL ENGAÑO HEMINGWAY que, ¡por fin!, paso a comentar.

En medio de esos gruesos volúmenes de varios centenares de páginas que configuran un número habitual de NOVA ciencia ficción, espero que esta brillante novela corta de Joe Haldeman sea una novedad agradable. En cualquier caso, será una muestra incuestionable de cómo la ciencia ficción puede alcanzar a veces sus mejores niveles en la novela corta. El ejemplo es indiscutible: EL ENGAÑO HEMINGWAY obtuvo, en su edición en la revista Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, el premio Nebula de 1990 y el Hugo de 1991.

Posteriormente, la edición norteamericana en libro ha permitido recuperar la versión íntegra de una obra que había sido expurgada en algunos de sus pasajes con un cierto contenido sexual para su edición en revista. Esta vez no se trata, como en el caso de *EL JUEGO DE ENDER* de Card o *MÚSICA EN LA SANGRE* de Bear, de que el autor, una vez premiada su novela corta, la haya reescrito por entero para extenderla casi hasta el triple de longitud. En el caso de *EL ENGAÑO HEMINGWAY*, la edición en libro no hace más que restituir la integridad de una obra que, vaya usted a saber por qué, resultó algo abreviada en su edición en revista.

Ni que decir tiene que quienes, como yo, hemos sido lectores tanto de la versión en revista como de ésta publicada en libro, consideramos mucho mejor la última, ya que hace mucho más comprensibles los cambios reales de los personajes en ese complejo mundo interdimensional en el que se ven obligados a moverse.

Porque *EL ENGAÑO HEMINGWAY* es una obra curiosa, una especulación inteligentísima sobre la historia de la literatura y las consecuencias de un intento de alterarla. Y, al mismo tiempo, una novela que trata un tema clásico en la ciencia ficción: los universos paralelos o alternativos.

La trama parece simple (aunque el desarrollo es de una brillante complejidad que Haldeman sabe convertir en una lectura fácil, amena y asombrosa): en 1922 el joven Hemingway, todavía una promesa en el mundo de las letras, sufre la pérdida de una maleta que contiene la única copia de su primera novela y de algunos de sus primeros relatos. Casi ochenta años más tarde, un desaprensivo intenta que un profesor de literatura, especializado en Hemingway, falsifique esa primera novela y prepare lo que, en definitiva, va a ser el «engaño» Hemingway. Tras negarse inicialmente a cometer ese fraude, otros motivos acaban llevando al profesor John Baird a implicarse en el caso. Pero ese «engaño» resulta ser un atentado grave a la historia de la literatura y,

sorprendentemente, supone un involuntario y peligroso paseo de los protagonistas por una serie de universos paralelos.

Muy bien escrita, la novela sabe mantener el interés del lector en un suspense que nada tiene que envidiar a las mejores novelas policíacas. Aunque, como no podía ser menos en una obra de ciencia ficción que es, también, un homenaje a Hemingway, resulte difícil adscribirá un único género esta brillante novela.

En palabras de Don Chow en LOCUS:

Haldeman nos sumerge en una narración de suspense que sólo puede ser descrita como una excelente obra narrativa. [...] EL ENGAÑO HEMINGWAY constituye un ejemplo de narrativa comprimida. En sólo 150 páginas, prácticamente todas las ideas están desarrolladas en todo su potencial.

También en LOCUS, Rusell Letson prefiere asociar EL ENGAÑO HEMINGWAY a las obras clásicas sobre las paradojas temporales, como el clásico TODOS USTEDES ZOMBIES de Heinlein, y la compara a las más interesantes novelas policíacas de la corriente hard-boiled.

En realidad, todo eso y más puede encontrarse en esta intensa narración que en sólo ciento cincuenta páginas, en la versión original, desarrolla brillantemente una idea ya sorprendente y en la mejor tradición de la buena ciencia ficción.

En mi opinión, EL ENGAÑO HEMINGWAY es a la vez un homenaje a Hemingway, a la literatura y a la ciencia ficción, y compone una de las historias más interesantes y mejor escritas que he leído en los últimos años. Además, el interés que Haldeman siente por Hemingway hace que la obra esté llena de juegos y bromas en torno a Hemingway, a su prosa (imitada aquí a veces, por ejemplo cuando se repro-

duce el trabajo de Baird) e incluso a los títulos de algunas de las narraciones de Hemingway que Haldeman ha empleado como encabezamiento de los capítulos.

En conjunto, EL ENGAÑO HEMINGWAY es una obra breve, intensa, interesante y brillantemente escrita a la que, todo hay que decirlo, sabe hacer justicia la acertada traducción de Rafael Marín Trechera.

Una obra de verdadera calidad para dar la bienvenida a nuestra colección a uno de los mejores autores de la ciencia ficción.

Que ustedes la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

Ya había aprendido que sólo existía un día cada vez y que era siempre el día en el que estabas. Sería hoy hasta que fuera esta noche, y mañana sería hoy de nuevo. Esto era lo principal que había aprendido hasta el momento.

El último buen país

1

LOS TORRENTES DE LA PRIMAVERA

Nuestra historia comienza en un bar de poca monta en Key West, dentro de muy poquitos años. El bar no es el que Hemingway frecuentaba, ni el que dice serlo, porque los dos son demasiado caros y están llenos de turistas. Este bar, situado en una parte más interesante de la ciudad, es un garito cubano. No está limpio ni bien iluminado, pero sirve cerveza fría y café cubano, fuerte y bueno. Sus precios baratos y su encanto descarado son lo que atrae por igual a intelectuales y picaros.

Su primer encuentro sería de poca importancia para ambos, aunque el intelectual, John Baird, nunca lo olvidaría. John Baird no era capaz de olvidar.

Key West rebosa de escritores, escritores pobres en su mayoría, en un sentido de la palabra o en otro. Los pobres no interesaban a nuestro pícaro, Sylvester Castlemaine, así que al principio no prestó mucha atención al hombre sentado en el rincón que escribía en una libreta amarilla. Sólo otro aspirante a escritor que venía a ver si se le pegaba algo de la magia de Papá. No merecía el esfuerzo de un timo.

Pero las dotes profesionales de observación de Castle captaron un detalle o dos y llamaron su atención. El hombre llevaba vaqueros y una raída camisa de franela, pero calzaba mocasines italianos caros. Su barba había sido recortada por un profesional. Bebía Heineken. La pluma con la que escribía era una gruesa Mont Blanc Diplomat, dos-

cientos pavos al canto, con descuento. Castle cogió su taza de café y se sentó a un par de mesas del escritor.

Esperó hasta que el hombre se detuvo, soltó la pluma y dio un trago.

—¿Escribiendo un relato? —dijo Castle.

El hombre le miró, parpadeando.

—No... sólo un artículo. —Colocó el capuchón sobre la pluma con un chasquido seco— Un artículo sobre relatos. Soy profesor de universidad.

—Publica o perece —afirmó Castle.

El hombre se relajó un poco.

—Cierto, por desgracia. —Hojeó la libreta amarilla—. Esto no servirá de mucho. No va a ninguna parte.

—¿Sabe qué le digo? Le apuesto una cerveza a que trata de Hemingway o de Tennessee Williams.

—Demasiado fácil. —Llamó al camarero—. Dos cervezas. Hemingway, las primeras historias. ¿Conoce su obra?

—Sólo un poco. Tuvimos que leerlo en el colegio... ¿*El viejo y el mar*? Y luego leí un par de cosas después de llegar aquí. —Se acercó a la mesa del hombre—. Me llamo Castle.

—John Baird. —Expresión despejada, honesta; no demasiado prometedor. No puedes timar a alguien a menos que piense que te está timando a ti—. Enseño en Boston.

—Yo me dedico sobre todo a la pesca. Actualmente a las gambas. —Por supuesto, Castle no pescaba normalmente, al menos no peces, pero lo de las gambas era verdad. Se había visto obligado a vender gambas en el *Catalina* por cinco dólares el cubo—. ¿Qué hay de esas primeras historias?

El camarero sirvió las dos cervezas y dirigió a Castle una mirada cansada.

—Bueno... no existen. —John Baird vertió con cuidado la cerveza en su vaso, inclinándolo—. Las robaron. Nunca llegaron a publicarse.

—Entonces, ¿qué puede escribir de ellas?

—Exacto. Eso es lo que me estaba preguntando. —Dio un sorbo a la cerveza y se echó hacia atrás—. Las robaron hace setenta y cuatro años, en diciembre de 1922. Eso es lo que realmente me puso a trabajar en ellas. Haría un estudio, una monografía, para el setenta y cinco aniversario de la ocasión.

Sonaba cada vez menos prometedor, pero era la primera cerveza importada que Castle bebía desde hacía meses. La saboreó lentamente.

—Hemingway y su primera esposa, Hadley, vivían en París. ¿Sabe algo de los primeros años de Hemingway?

—Nada de nada. ¿París?

—Creció en Oak Park, Illinois. Una especie de barrio residencial pijo y exclusivo de Chicago.

—Sí, he estado allí.

—No le gustaba. En su adolescencia, se escapó de casa y se fue a Kansas a trabajar en un periódico.

»Empezó la Primera Guerra Mundial y, al igual que un montón de muchachos, Hemingway no quiso quedarse con un pedazo. No pudo enrolarse en el ejército a causa de un ojo enfermo, así que se unió a la Cruz Roja y se marchó a conducir ambulancias a Italia. A llevar cigarrillos y chocolate a las tropas.

»Eso casi le mató. Estaba haciendo su habitual reparto de cigarrillos y chocolate cuando un bombardeo de la artillería mató al tipo que tenía al lado, destrozó a otro y cubrió a Hemingway de metralla. Él sostiene que cogió al tipo herido y lo llevó de vuelta a la trinchera, a pesar de que una bala de ametralladora le había herido en la rodilla.

—¿Qué quiere decir con eso de «sostiene»?

—Es usted demasiado joven para haber estado en Vietnam.

—Sí.

—Qué suerte. Una bala de ametralladora me hirió en la rodilla, y me caí de culo y no me levanté en cinco semanas. Hemingway no pudo llevar a nadie, ni siquiera un paso.

—Eso es interesante.

—Bueno, siempre estaba reescribiendo su vida. Todos lo hacemos. Pero en él parecía algo compulsivo. Es una de las cosas que vuelven excitante estudiar su obra.

Baird se sirvió el resto de la cerveza en el vaso.

—De todas formas, fue el primer americano herido en Italia, y se armó un buen revuelo al respecto. Regresó a Oak Park convertido en héroe de guerra. Tuvo mucho éxito con las mujeres.

—O eso dijo.

—Cierto, sólo Dios lo sabe. De todas formas, conoció a Hadley Richardson, una mujer mayor pero bastante atractiva. Tuvieron un apasionado idilio, se casaron y dijeron ¡al diablo, vayamos a París y vivamos una vida bohemia!, mientras Hemingway trabajaba en perfeccionar su arte. Esa parte no es mentira. Trabajó diligentemente y se convirtió en uno de los mejores escritores de su época. Lo que nos lleva a los manuscritos perdidos.

—Cuente.

—Hemingway ganaba algo de dinero extra con el periodismo. Fue a Suiza a cubrir una conferencia de paz para una agencia de noticias. Cuando se acabó, envió un telegrama a Hadley para que se reuniera con él para esquiar.

»Aquí es donde las cosas se vuelven raras. Por iniciativa propia, Hadley empaqueta toda la obra de Ernest. Toda. No sólo los originales, sino también los primeros borradores escritos a mano, y las copias en carbón.

—¿Eso es como las fotocopias?

—Exacto. Las metió en una bolsa de viaje, y luego hizo su propia maleta. Un mozo de la estación, la Gare de Lyon, se las subió al tren. Ella bajó un minuto a buscar algo que leer... y cuando regresó al tren, habían desaparecido.

—¿Con la maleta y todo?

—No, sólo los manuscritos. El mozo y ella buscaron por todo el tren. Pero nada. Alguien había visto la bolsa y la cogió. Se perdió para siempre.

Eso provocó un atisbo de interés profesional.

—Qué curioso. Uno pensaría que recibirían una nota, del estilo «Si quiere volver a sus ver sus historias, lleve un millón de pavos a la Torre Eiffel», o algo así.

—Eso podría haber sucedido unos cuantos años más tarde. Hemingway no tardó mucho en hacerse famoso. Pero en aquella época sólo unos pocos miembros del círculo literario lo conocían.

Castle sacudió la cabeza en señal de conmiseración hacia el ladrón, muerto hacía tanto tiempo.

—El tipo que las robó probablemente ni siquiera sabría inglés. Las tiraría al río.

John Baird se estremeció visiblemente.

—Sin duda. Pero la gente nunca ha dejado de buscarlas. Tal vez aparezcan algún día en un desván.

—Podría suceder. —El engranaje estaba en marcha.

—Ha sucedido antes en literatura. Algunos de los diarios de Boswell se recuperaron porque un estudioso reconoció su letra en un viejo trozo de papel que un tendero empleaba para envolver pescado. El propio Hemingway compuso su último libro a partir de notas que habían estado perdidas durante treinta años. Estaban en un par de cofres en el sótano del Ritz de París. —Se inclinó hacia delante, excitado—. Luego, tras su muerte, encontraron otro puñado de papeles aquí, en un cuarto trastero del Sloppy Joe. Todavía podría suceder.

Castle inspiró profundamente.

—También se podría hacer que sucediera.

—¿Hacer que sucediera?

—Sólo hablo en teoría, ya sabe. Imagine que un tipo que conoce de verdad a Hemingway se inventa algunas historias como esas antiguas, encuentra papel que tenga setenta y cinco años y un viejo cacharro de esos, ¿cómo los llaman? Un ordenador no...

—Una máquina de escribir.

—Eso. ¿Cree que podría hacerlas pasar por auténticas?

—No sé si podría engañarme —respondió Baird, y se dio un golpecito en la sien—. Tengo una memoria portentosa: eidética, fotográfica. Me sé de memoria cada palabra escrita por Hemingway. —Parecía un poco cortado—. Por supuesto, eso no me convierte en un experto en el sentido de ser capaz de detectar una falsificación. Simplemente, no tendría que referirme a ningún texto.

—Entonces supongamos que usted, ya sabe, o alguien más que se haya pasado la vida estudiando a Hemingway, pone todo lo que tiene y escribe esas historias... conoce a la gente que va a leerlas, sabe qué van a buscar. Y contrata a un falsificador experto para que parezca que las páginas han salido de la máquina de escribir de Hemingway. ¿Podría funcionar?

Baird arrugó los labios y por un momento pareció que estaba en clase. Entonces soltó una risa extraña, una sílaba a través de la nariz.

—Tal vez. Un tipo hizo algo similar cuando yo era niño. Falsificó las memorias de Howard Hughes. Ganó millones.

—¿Millones?

—Cuando eso significaba dinero de verdad. Acabó en la cárcel cuando lo descubrieron, por supuesto.

—Y el dinero seguía allí cuando salió.

—No leí nada más al respecto. Supongo que sí.

—De modo que la siguiente pregunta es: ¿de qué cantidad estamos hablando? ¿Cuánto había en esa bolsa de viaje?

—Eso depende de a quién creer. Había media novela y algunos poemas. De relatos podría haber habido entre once y treinta.

—Entonces haría falta mucho tiempo para escribirlo.

—Podría tardarse una eternidad. No se puede «imitar» a Hemingway sin más; habría que calcular de qué trataban esos relatos, luego reconstruir su primer estilo... ¿Sabe cuántos expertos en Hemingway hay en el mundo?

—Bueno... Unos pocos.